



CUENTOS
DE LA SALA DE ESPERA

Fernando Reviriego Picón

CUENTOS
DE LA SALA DE ESPERA



Primera edición: diciembre de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Fernando Reviriego Picón

© Dibujo de portada: Lucía Reviriego de las Heras

ISBN: 979-13-87909-68-0

ISBN digital: 979-13-87909-69-7

Depósito legal: M-26348-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Lucía y a Miguel.

*Pienso mesa y digo silla,
compro pan y me lo dejo,
lo que aprendo se me olvida,
lo que pasa es que te (OS) quiero.*

GLORIA FUERTES

Se recoge aquí una pequeña recopilación de cuentos, muchos de los cuales han sido escritos en las salas de espera de diferentes hospitales. Se cuentan con los dedos de una mano, no obstante, los que allí se desarrollan. Ni que decir tiene que esos lugares no son solo un mundo fecundo para nuestros fantasmas o monstruos, sino también un medio de evadirnos de lo que allí nos asedia.

Algunos de estos relatos ya han visto la luz en obras colectivas o en otras publicaciones, aunque la mayor parte son inéditos. A varios de ellos les tengo mucho cariño, bien por lo que narran, bien por dónde se forjaron. Como a «Don Quijote en planta», por ejemplo, que es precisamente uno de los pocos relatos que se desarrolla en un hospital y que fue escrito en uno de esos momentos en que hay que dejar la habitación para que la arreglen y, en ese rato, uno puede cruzarse en el pasillo o en la sala de espera con Sanchos y Dulcineas. Aunque debo confesar que es un mero cuento de taquígrafo, pues narra, simplemente, lo que allí pude ver en una mañana cualquiera. Su contrapunto, «Al rendir viaje», nos hablará de lo mismo, pero en un tono completamente diferente, casi infantil. Los he seleccionado por ello para abrir y cerrar el volumen. También es un relato especial para mí «Parece mentira», que está basado en una historia real que se acerca a un momento histórico en España, la celebra-

ción del referéndum por el que se aprobó la Constitución en 1978 y lo que supuso para tantas personas que habían sufrido tanto. Este cuento, publicado en el libro colectivo *La Constitución ante la crisis de los cuarenta. Cuentos reconstituyentes*, fue objeto de una adaptación audiovisual dirigida por Daniel Plaza. Precisamente durante la grabación de este cortometraje surgió la idea de escribir la historia relatada en «La sombra del Coyote», una historia real, muy sorprendente, casi de película. Aunque le tengo bastante simpatía al relato «¿Vale que somos iguales?», ganador del certamen por la igualdad de la Universidad Carlos III en 1996, dudé hasta el final si incluirlo porque pensaba que había envejecido mal. El avance en igualdad en estos años me llevó a pensar inicialmente que carecía de sentido meterlo por esa perspectiva tan ingenua, pero lo cierto es que, viendo las noticias, donde la desigualdad y la discriminación siguen campando a sus anchas, incluso a veces de forma terrible, también entre los más jóvenes, creo que sigue estando vigente su discurso. Lamentablemente, queda mucho camino por recorrer todavía. Y como la cabra tira para el monte, no podía faltar espacio aquí para la enseñanza y los maestros, como en los relatos «La mar es la mar», «Conciliación tiene dos diptongos», «El sueño del cartonero» o «¡Sesión pública!».

Muchos de los relatos pueden tener un poso triste, a veces desesperanzado, pero lo cierto es que como en «Al rendir viaje», mirando hacia atrás, el porvenir ya se verá, me siento una «criatura afortunada», en la expresión de Juan Ramón Jiménez.

En todo caso y más allá de ello, son historias que, inevitablemente, como le dijo Roy Batty a Rick Deckard en la mítica *Blade Runner* —con esa improvisación maravillosa del gran Rutger Hauer—, se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. «Hora de leer».

DON QUIJOTE EN PLANTA

A mi padre

Alto, enjuto, ceniciento, casi esquelético. Como recién sacado de un campo de concentración. Caminando arriba y abajo de un pasillo de 140 baldosas. 56 metros. 112 metros la ida y vuelta. Arriba y abajo. Arriba y abajo por un pasillo de color azul claro. Incansable.

Don Quijote en pijama verde. En letras mayúsculas, «La Paz», tatuado justo donde debe latir, no sé si débilmente, su corazón. «¡A fe mía, que no conozco ese reino!». De lanza, un tubo metálico del que cuelga un bote de suero medio lleno, quizá medio vacío. De yelmo, una venda aparatosa que deja ver en sus extremos el comienzo de una brecha que va de una oreja a otra.

De vez en cuando entra en la sala de espera. Mira a un lado y a otro nervioso, como esperando encontrarse al malvado mago que hizo desaparecer su biblioteca y transformó los molinos en gigantes, o algún caballero rival que pretenda aprovechar la ocasión de debilidad extrema para acabar con su vida. O esperando encontrar,

quizá, al gigante. Frunce el ceño, aunque casi no le queda carne para hacerlo.

Al instante retoma el camino del pasillo acompañado de su suero.

Dulcinea chilla al fondo. Tiene una edad indeterminada. Es difícil calcularla cuando apenas te queda una mata de pelo blanco de un centímetro con alguna calva. Sin cejas ni dientes. El cuerpo es apenas pellejo de una bota de vino blanca de tanto quedarse al sol. Dulcinea chilla. Pide agua. Luego, que la cambien, que se orina, que quiere morir, que vengan. Otra vez agua. En su ficha pone que se llama Milagros. Vaya engaño. ¡Otra vez el mago!

Llama a don Quijote en su recorrido con un bramido. Don Quijote no se inmuta. La mira y sigue su camino. Posiblemente no la reconozca o quizá sí.

Está embutida en un camión con la espalda al aire. Sin piernas. Los celadores la mueven y le colocan la barra. Ella trata de pegarles y arañarles. Pide la cuña.

Don Quijote sigue caminando de un lado a otro del pasillo. Mira todas las habitaciones de reojo, como esperando que el ataque de sus enemigos se inicie desde alguna de ellas. Pero él tiene la lanza. Sonríe. Ellos creen que es un tubo con suero, pero es una lanza y él lo sabe.

Dulcinea pide morir en la 217.1.

Sancho también está en la planta, junto a mi cama, la planta 11, «Neurocirugía y Angiología y Cirugía Vascular». Diabético, le acaban de cortar la segunda pierna. Es abril. La primera se la cortaron en julio pasado. Pide

la cuña. Gordo, ancho, redondo como un balón. Es la 208.2. Su Barataria.

Está solo. Tiene la radio puesta. Le traen la merienda. Ponen la bandeja y se incorpora con dificultad. Mañana sale. Dice que vive en un pueblo de Ciudad Real y que fue taxista en Francia, pero eso debió ser cuando vino a menos después de ser gobernador.

Don Quijote pasa delante. Tampoco le reconoce. También sale mañana. Ha sido su segunda operación. Posiblemente, perdió el recuerdo de Dulcinea en la primera. Ahora también ha perdido el de Sancho. Mientras pasea, la muerte sale de una habitación para fumar en la escalera.

De todas formas, las cuentas no me salen. Don Quijote rondará los cincuenta y Dulcinea puede tener ochenta o noventa. No me cuadra, pero bastante tengo con lo mío.

No sé. Tantas semanas aquí encerrado me pueden haber trastornado un poco. A ver si me hacen ya la biopsia. Y luego, ese calor. Cojo las galletas de la merienda y las mojo un poco en el café. La enfermera pasa. Le digo que si puedo cambiar la manzana por otro paquete de cuatro miserables galletas. «No se puede», dice. ¡Qué hija puta! Espero que Sancho la espere fuera montado en su silla de ruedas y la atropelle.

Dulcinea chilla al fondo pidiendo morir. Luego, agua. Joder para quien comparta habitación con ella.

Pongo un euro en el televisor y paso la tarde oyendo cotilleos que me importan más bien nada.

La cena llega pronto y don Quijote deja de pasear. Me gustan las cenas personalizadas. En la tapa, mi nombre, el número de habitación y el menú.

Por la mañana veo movimientos raros en el pasillo. Es martes y no debería haber ese trasiego.

Al rato, me entero de que don Quijote quitó los tubos a Dulcinea durante la noche y que ha muerto. Estuvo velando el cadáver, lanza en ristre, durante la noche. Lo descubrieron en el cambio de turno.

Al parecer, lo han llevado a psiquiatría. La misma planta al terminar el pasillo. Nadie ha reclamado a Dulcinea. Sancho sale hoy.

Me dicen que mañana me hacen la biopsia.

Perra vida.

PARECE MENTIRA...

A Pepe

I. Pepe sentía un poco de frío, aunque iba abrigado con una buena pelliza. Al estar de pie y prácticamente parado, el aire se hacía notar. Se tocó la cinta negra de luto que llevaba en el brazo derecho. Habían pasado ya varios meses desde que falleció su padre, pero él no tenía intención de quitársela, mucho menos aquel día.

En apenas diez días, su padre, Alicia, hubiera cumplido setenta y seis años. Había venido al mundo un invierno frío en Torresandino de Esgueva, provincia de Burgos; criado en Sala de los Infantes, donde su abuelo fue maestro. A León había llegado tras un breve periplo después de aprobar la oposición de auxiliar de Hacienda. Vino con su madre, Encarna, que había nacido en una corrala de Madrid y que fue pagadora en la Philips, por un concurso del periódico, al poco de constituirse en España. Se habían conocido en Madrid y su idea era volver allí. León era, entre comillas, provisional, aunque al final no fue así.

Vivieron siempre en León. Primero en una casita abuhardillada en la calle Julio del Campo, el cantero ilustrado. Luego les dieron un alquiler en el entresuelo de la calle Fernando de Castro, pedagogo y filósofo krausista que llegó a ser senador por León durante el reinado de Amadeo de Saboya.

Una casa bonita en la que nacieron él y sus dos hermanos. Siempre en aquella casa, aunque lo cierto es que durante un tiempo tuvieron que irse mientras construían dos pisos por encima. Tras la obra pasaron al piso de arriba y el de abajo quedó como comercial.

Allí, en aquella casa, les pilló la guerra y la posguerra, el hambre y la cárcel. También, tiempo después, el negocio del carbón y el cambio de racha que ello supuso.

Pepe todavía recordaba la euforia en la radio al acabar la guerra, una radio de segunda mano, precisamente de la marca Philips donde trabajó su madre, o los coloridos desfiles de la unidad de moros con su paso de la oca, con los que disfrutaban tanto su mellizo como él.

La euforia de los vencedores. Mas, también, la euforia propia, derivada del desconocimiento, ya que, con apenas cuatro años, repetían los cánticos que oían por la calle a los otros niños, sin que sus padres, con buen criterio, les dijeran lo que verdaderamente pensaban y estaban padeciendo.

Todavía pasaría un tiempo hasta poder ir dándose cuenta de las cosas.

Por todo ello renunciaría Pepe años después a hacer la mili como universitario, sin duda un privilegio en esa época. Fue destinado, como antes lo estuvo su padre, a

Ceuta, esa Ceuta que, como decía el poeta Luis López Anglada, también militar, cantaba latines y que con la sal del Estrecho marinera... empina su blancura campanera... al espejo del mar, acicalada.

Allí en África su padre había estado en transmisiones. Fue de las pocas cosas que le contó de aquella primera guerra.

Ni de esa guerra y menos de la de después se hablaba en casa.

II. Tuvo que enterarse, ya muerto su padre, de más detalles de todo aquello mientras había ordenado semanas atrás su despacho, donde descubrió, en un altillo, una caja de madera con su expediente militar, documentos de sus procesos y algunas fotos.

Aunque lo cierto es que allí no encontró mucho de cuando estuvo preso al acabar la guerra, «nuestra guerra», como decía él con tristeza, en San Marcos, como también estuvo Quevedo, detenido por orden del conde duque de Olivares, pero sin la fortuna de ser escritor, algo que siempre rondó su cabeza.

Por el ajado expediente militar pudo ver que fue incluido en el alistamiento de 1923, perteneciente a la caja de recluta de Burgos, y que obtuvo en el sorteo el número seis. También, que acreditó saber leer y escribir en su filiación ante dos soldados, unos tales Celso y Euripio, que hicieron de testigos. De igual forma, la duración de todo aquello, que entre servicio activo y reserva era por aquel entonces de hasta dieciocho años.

También se enteró, con gran sorpresa, que llegó a recibir la medalla de Marruecos con pasador Tetuán y fue promovido a cabo tras participar en el desembarco de Alhucemas o que años después se le hubo de duplicar la cartilla militar, imponiéndosele una multa por haberla extraviado. Allí en África, eso sí lo había sabido por su padre, que se lo contó un día paseando por Botines, conoció a Franco. Le habló de la frialdad que tenía y de su forma de mirar; no a los soldados, que a los soldados no los miraba, solo a los oficiales.

Por las resoluciones judiciales del Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo y las diligencias del comisario Jefe de la Brigada Social, que también encontró, pudo saber que estuvo afiliado al Partido Republicano, organizado antes de la proclamación de la República, y que luego, ya en la República, también lo estuvo en Izquierda Republicana y más tarde en el Partido Radical Socialista. En los dos primeros llegó incluso a ocupar cargo de secretario, aunque en el segundo lo abandonó espontáneamente por discrepancias con ciertas actuaciones de tendencia marxista de la Juventud del Partido.

Como ponía de forma fría en el expediente, «...por estos hechos estuvo detenido al iniciarse el Movimiento».

Allí constaba, igualmente, a modo de ofensa irreparable y casi pecado capital, que era «republicano, de ideas francamente izquierdistas y entusiasta de Azaña y su funesta política».

Hasta sus señas estaban allí reflejadas: «pelo negro, cejas negras, ojos negros, nariz larga, barba poblada, boca

regular, color moreno, frente espaciosa, aire bueno y producción buena».

En otro legajo, aunque Pepe creía que eso no era cierto, se decía que era muy amigo de Azaña e íntimo de un tal Viriato. El apellido completo de este último no se podía leer correctamente y Pepe, al leerlo, había sonreído imaginando a su padre en plena lucha con los romanos codo a codo con aquel guerrero pastor.

En aquel entonces, la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo castigaba tales delitos con pena de reclusión menor; antes de esa le fue aplicada la Ley de Responsabilidades Políticas.

A San Marcos, donde pasó tiempo confinado, le llevaba su madre la comida en una cesta de mimbre, con leche en una lecherita muy bonita con tapa que Pepe todavía conservaba de adorno en una estantería del salón llena de monedas de céntimo. También pan con algo de chorizo cuando se podía.

Ni a Pepe ni a su mellizo Alicia les dejaban entrar.

Quizá por eso ellos dos se libraron de esa enfermedad de la tristeza que agarró como un vampiro desde entonces a su madre por la pena de aquellos años de juventud con el hombre preso.

III. Cuando salió su padre de la cárcel libre, «libre» entre comillas, lloró amargamente porque ni Pepe ni Alicia (Pío, su hermano pequeño todavía no había nacido) le reconocieron. Al final no había sido tanto tiempo, pero sí lo suficiente como para que a un niño se le desdibujara la cara.

Aquello debió de ser como una nueva condena, si cabe, más terrible.

La sentencia se dividió, así, al final, en tres partes, cada una un poco más dolorosa que la anterior.

La primera cuando, de viva voz, fue pronunciada por el juez.

La segunda cuando se ejecutó. De aquellos años apenas les contaría cosas.

La tercera cuando Pepe y su hermano mellizo no le reconocieron la primera vez que volvieron a verle.

Salió de la cárcel, pero perdió el empleo en Hacienda.

Por azares del destino y de que León no era Madrid, el hijo de uno de aquellos jueces que firmaron la sentencia, con el tiempo fue amigo de Pepe, coincidiendo incluso en la carrera de Derecho que hizo por libre.

Pepe recordaba, como si fuera ayer, que en el día que tomó su primera comunión, en los Maristas, su padre no comulgó pese a las lágrimas de su madre, que decía que le iba a pasar algo por significarse. Recordaba también a aquel profesor polaco, huido de los nazis, que el mismo día de su comunión le dijo en voz baja, cuando supo lo que había pasado su padre y asegurándose antes de que nadie podía escucharlos, que la Iglesia tendría que pagar un precio alto por volcarse con los vencedores.

También recordaba que la suerte de su padre cambió completamente al entrar en el negocio del carbón, que en los años de la posguerra se vendía como rosquillas. Pero lo cierto es que trataron de perjudicarlo muchas veces

porque se veía mal que un rojo, que un depurado, pudiera llegar a ganar buen dinero.

Gracias a aquel cambio de fortuna, Pepe y sus hermanos consiguieron ir, otro lujo en aquellos años, a la universidad, aunque examinándose por libre en Oviedo.

Mucho tiempo después, el padre de Pepe descubrió lo que era viajar y hasta llegó a dar dos vueltas al mundo. En uno de los viajes en que cruzó el charco pudo visitar a un primo suyo que en tiempos llegó de polizón a Nueva York y allí, con el transcurrir de los años, llegó a convertirse en director del Lexington en Nueva York y responsable de hostelería en Naciones Unidas.

IV. Pasado el tiempo, y como todo pasa, salvo la muerte, el parte que se estaba esperando desde hace tiempo paró España.

Lo dio el mismo presidente, uno de los del búnker, Carlos Arias Navarro, que también fue gobernador civil de León y al que nadie al verle ahora tan mayor y lloroso hubiera dicho que años antes fue llamado el «carnicerito de Málaga».

Con voz trémula se dirigió a la nación:

—Españoles... Franco ha muerto. El hombre de excepción que ante Dios y ante la historia asumió la inmensa responsabilidad del más exigente y sacrificado servicio a España, ha entregado su vida, quemada día a día, hora a hora, en el cumplimiento de una misión trascendental. Yo sé que en estos momentos mi voz llegará a vuestros hogares entrecortada y confundida por el murmullo de

vuestros sollozos y de vuestras plegarias. Es natural; es el llanto de España, que siente como nunca la angustia infinita de su orfandad. Es la hora del dolor y de la tristeza, pero no es la hora del abatimiento ni de la desesperanza...

El padre de Pepe apenas se inmutó al conocer la noticia, o al menos eso le pareció a Pepe, que estaba junto a él en el comedor de la casa con la Telefunken encendida.

Solo acertó a decir, sin animosidad alguna, un lacónico: «Parece mentira que se haya muerto este hombre».

Habían pasado ya tres años de aquello y todavía aquella frase resonaba en la cabeza de Pepe: «Parece mentira que haya muerto este hombre».

Aquel día no fueron al colegio los hijos de Pepe. Ni José Ignacio, que tenía ya doce años, ni José Ángel, con once, ni, por supuesto, pues todavía no iba, la niña, con dos.

¿Qué pasaría ahora? Aunque al final nada pasó, lo cierto es que ese mismo día, al saber la noticia, varios de los amigos de Alicia, que corrieron suerte parecida casi cuarenta años atrás, prepararon rápidamente una maleta por si acaso tenían que salir corriendo. El miedo tiene alas y la guerra y la posguerra sobrevolaban sus pensamientos y probablemente siempre lo harían.

V. Pepe avanzó un poco, pero al momento paró de nuevo. Todavía le quedaba un rato más de espera.

La cola era larga, pero nada que ver con las sufrió su padre en Ceuta esperando la fila del rancho o preso en San Marcos para casi cualquier cosa...

Era León, era miércoles y el calendario marcaba el 6 de diciembre de 1978.

Pepe sonrió mientras agarraba con ilusión la papeleta.

«¿Aprueba el proyecto de Constitución?».

—Sí, coño sí.

Y, por fin, los aires de libertad comenzaron a ventilar los tinajones de nuestra vieja España invertebrada.